



Quando la
LUNA
recupere
SU LUZ
RAQUEL SILVA

Cuando la

LUNA

recuperare

SU LUZ

RAQUEL SILVA

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, marzo 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19147-40-0
Depósito Legal: CS 72-2023
© del texto, Raquel Silva
© de la ilustración, Matheus Jakubiak
Corrección, Paola C. Álvarez

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Vicky.

No podría ser de otro modo.

Esta historia no hubiera sido posible sin tenerte a mi lado.

«Thought I had reason to attack, but no».

Afterglow,

Taylor Swift

PRÓLOGO

Hay veces que la vida nos golpea con fuerza justo en el preciso momento en que tenemos la felicidad entre los dedos y la guardia tan baja que nos sentimos invencibles.

No vemos venir el golpe, pero es certero. Tanto que nos rompe al instante.

CAPÍTULO 1

Hacía dos meses desde que había vuelto de la universidad y dos semanas desde que mis padres se fueron a pasar el resto del verano a casa de mis abuelos para alejarse del ruido que provocaba la ausencia. Habían tratado de convencerme de que los acompañara, pero ¿qué iba a hacer yo en aquel pueblo recóndito de montaña? Además, quería estar sola. Necesitaba estar sola.

Les dije a mis padres que aprovecharía mejor mi tiempo quedándome en casa. Este año no había conseguido entregar el trabajo de fin de carrera. En verdad, no había podido ni empezarlo. Demasiado ruido en mi interior. A duras penas había logrado terminar todas y cada una de las asignaturas del cuarto curso de la universidad, con calificaciones mucho más bajas que los otros tres años, con notas que nadie esperaría de mí, ni siquiera yo misma, pero había aprobado y eso, dada la situación emocional en la que me encontraba, era un gran logro. A ellos no les agradó la idea y rebatieron mi propuesta de quedarme en casa, para hacer el trabajo final de carrera y preparar su defensa, con que en el pueblo sería capaz de concentrarme mejor. Así que les di otro motivo por el que quería quedarme, aquello que los terminó de convencer.

Desde que volví de Salamanca, mis amigos habían tratado de quedar conmigo, pero yo los había estado evitando para disgusto de mis padres, que tenían que mentirles por mí diciendo que estaba dormida o había salido. Cualquier excusa para no decirles que

me pasaba los días encerrada en mi habitación y no salía de ella, excepto para lo básico.

Por supuesto, desde que se marcharon, no había quedado ni un solo día con mi grupo de amigos ni, mucho menos, preparado un trabajo que no me provocaba ningún tipo de interés. El sofá se había convertido en mi nueva cama y me pasaba las horas muertas en él, viendo cualquier programa absurdo de la televisión y jugando a la Nintendo Switch de mi hermano.

Estaba disfrutando de una cabezadita después de pasarme toda la noche en vela, viendo un programa de asesinos en serie, cuando mi móvil comenzó a sonar y me llevé tal susto que me caí del sofá.

Me levanté del suelo llevándome la mano al cuello mientras con la otra buscaba, entre las bolsas de patatas fritas vacías, mi teléfono. ¡Me dolía todo el cuerpo!

Miré la pantalla para comprobar quién me llamaba antes de responder.

—Hola, mamá.

—Cariño, perdóname. ¿Te he despertado? —Mi tono de voz me había delatado—. Puedo llamarte más tarde si quieres.

—No te preocupes. Anoche me quedé hasta tarde buscando información para el trabajo y se me han pegado las sábanas. —Mentí descaradamente—. ¿Qué vais a hacer hoy?

Desde que llegaron a Lanjarón, el pueblo de los abuelos, mis padres no habían parado de hacer cosas. Yo pensaba que en aquel pueblo tan pequeño de la Alpujarra granadina no había mucho con lo que distraerse, pero, por los relatos que mi madre me contaba cuando me llamaba cada mañana por teléfono, descubrí que tal vez estaba equivocada. Habían subido al Castillo Árabe, visitado el museo de la miel y paseado por el parque El Salao, donde habían hecho un pícnic en uno de sus merenderos como cientos de veces

atrás, cuando eran novios. Estaban disfrutando y me alegraba por ellos, porque no era fácil tenerme en casa y verme cada día encerrada en mi habitación con el pijama puesto y las ventanas bajadas para que no entrara la claridad de la calle.

Mi madre me contó que esta semana se celebraba en el pueblo el festival Lanjarock y que mi padre estaba muy emocionado por ir. Esos días se respiraba un ambiente de fiesta por las calles y habían conocido a un matrimonio de turistas con los que habían hecho muy buenas migas, con los que iban a salir a cenar en la noche.

—Y tú, ¿qué planes tienes para este fin de semana? —me preguntó mi madre cuando terminó de contarme sus planes.

—Creo que me haré unas palomitas y veré una peli en el sofá. —Una de las pocas cosas que le decía que no eran mentira en estas dos semanas.

—¿Por qué no llamas a Carmen? Salid a tomar algo y así te da un poco el aire. Cuando te permitimos quedarte en casa, nos prometiste que quedarías con tus amigos. —Sabía que mi madre estaba tratando de contener el tono de voz, pero en sus palabras podía ver que no estaba contenta conmigo—. Menos mal que en dos semanas os vais de crucero y podrás tomar el sol y socializar un poco. No puedes seguir así, Luna.

El silencio se instauró entre nosotras.

—Cariño, ¿estás ahí? —preguntó mi madre al ver que yo no decía nada, seguramente, pensando que la mala cobertura de las montañas podría estar cortando la comunicación.

Sin embargo, no era ese el motivo por el que mi madre no me escuchaba. Me quedé helada. Sin habla. Aquel crucero significaba muchas cosas a las que yo no quería enfrentarme. Me sentí traicionada por mi propia madre.

—Se suponía que ibais a cancelarlo —me quejé, apretando con fuerza la mandíbula—. Yo no tengo ganas de ir a ningún crucero. Tengo muchas cosas que hacer. El trabajo...

—Hice una cancelación, pero no fue la tuya —me cortó mi madre antes de que pudiera seguir con mis excusas—. Por supuesto que tienes muchas cosas que hacer. —Su tono había alcanzado una tonalidad dura, de esas que usaba cuando no quería réplicas—. No puedes pasarte el resto de tu vida encerrada, alejada del mundo. Tienes que salir, divertirte. ¡Vivir!

La voz de mi madre se quebró con la última frase. Yo no podía decir nada, las palabras se atoraban en mi garganta. La oía respirar al otro lado de la línea.

—Cariño, tienes que hacer ese viaje —me dijo con la voz más calmada—. Te va a hacer bien, ya verás.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Luna —me volvió a cortar—. Te estás haciendo daño y nos lo estás haciendo a nosotros. Esta familia ya ha sufrido bastante, ¿no crees? Hemos ingresado en tu cuenta algo de dinero, compra todo lo que necesites para ese crucero, porque vas a ir. Si piensas escabullirte, te prometo que tu padre y yo cogemos el coche e iremos a por ti para llevarte al puerto y subirte a la fuerza al barco si es necesario.

Sabía que serían capaces de hacerlo, así que, simplemente, le dije que iría.

—Tengo que dejarte, prométeme que llamarás a Carmen en cuanto me cuelgues —me dijo mi madre en tono de súplica.

—Lo haré —le prometí.

—Te quiero, Luna.

—Yo también te quiero, mamá.

Se hizo un silencio cuando la llamada finalizó. Me quedé mirando el teléfono con la mente perdida. En mi familia habíamos

aprendido a decir «te quiero» antes de despedirnos, al colgar una llamada de teléfono, al salir de casa, antes de ir a dormir. Da igual si estás enfadado o no. Nunca sabes cuándo puede ser la última vez en decir aquellas palabras a quien quieres. No está de más recordarles lo que sentimos hacia ellos, sin dar por sentado que ellos conozcan dicho sentimiento. Porque damos por hecho que lo saben y no decimos nada hasta que lamentamos no haber podido decir una vez más aquellas dos palabras mágicas: «te quiero».

—Te dije que deberías mover el culo del sofá.

Aquella voz me sobresaltó e hizo que girara mi cabeza al lugar desde donde procedía.

En la puerta del salón pude ver a mi hermano, apoyado contra el marco y los brazos cruzados con aquella sonrisa suya cargada de picardía.

—¡Cállate! —le dije, girando para coger uno de los cojines del sofá para lanzárselo.

Cuando volví a dirigir la mirada hacia la puerta, ya no estaba allí, aun así, lancé el cojín justo al lugar donde segundos antes había visto su cara.

Agarré el móvil y, tras coger aire y soltarlo manteniendo el soplo, entré en WhatsApp para leer los mensajes que se habían ido acumulando a lo largo de los meses en los chats de mis amigos. Por último, entré en el grupo que habíamos creado para el crucero con nuestros amigos de toda la vida. Estos meses no habían parado de mandarme mensajes para saber cómo estaba, tratando de hacerme sentir bien incluso cuando ni siquiera leía sus mensajes. Aquellos que, cuando se enteraron de que había vuelto, vinieron a mi casa día sí, día también, tratando de que mis padres les dieran permiso para entrar a verme, teniendo que marcharse ante la negativa que siempre recibían.

Tardé cerca de media hora en leer todo lo que habían escrito en este tiempo. A medida que la cuenta atrás iba llegando a su final, los mensajes fueron en aumento. Ganas, alegría e ilusión ante un viaje tan esperado, pero también manchado por la pena de quienes no viajarían, porque a medida que los días pasaban la esperanza de que yo los acompañara se iba desvaneciendo. Cuando llegué al final de la conversación, les escribí una única frase que hizo que el grupo estallara.

«No os olvidéis de mí, chicos. ¡Nos vamos a surcar el mar!».

CAPÍTULO 2

El sonido del timbre retumbaba sin descanso una vez tras otra. Incansable.

Habían pasado poco más de quince minutos desde que mandé aquel mensaje y ya había alguien tratando de quemarme el timbre ante las ansias de que abriera la puerta. Sabía exactamente de quién se trataba.

Carmen se tiró a mis brazos en cuanto abrí la puerta. Nos fundimos en un abrazo y lloramos en el portal. Cuando nos separamos, ambas temblábamos.

—Necesitas una ducha urgente —me dijo Carmen para romper el hielo entre risas mientras se tapaba la nariz—. ¿Cuántos días hace que no te bañas?

Le di un golpecito amistoso en el brazo y la invité a pasar al salón mientras iba a buscar algo a la cocina.

Cuando fui a reunirme con Carmen, llevando un paquetito de galletas saladas en la mano, me la encontré parada como una estatua mirando el salón con la boca abierta.

—¡Madre mía! —exclamó mi amiga—. Vamos a arreglar esta pocilga y después te vas directa a la ducha. Si llego a saber que estabas así, habría tirado la puerta abajo hace tiempo.

Era mi casa, pero seguí las órdenes de Carmen para devolver la armonía al salón. Se había convertido en mi madriguera particular desde que mis padres se fueron a Lanjarón.

Mi amiga subió las persianas y abrió las ventanas para airear la estancia y después, comenzamos a tirar todas y cada una de las bolsas de patatas fritas que cubrían casi por completo la mesa de centro y las que se habían caído al suelo por no haber cabido sobre esta y yo no me había molestado en recoger. A las bolsas le siguieron botellas de agua y latas de refresco vacías.

—¡Por favor, Luna! ¿Cuánto tiempo lleva esto aquí? —Su cara de asco era más que notoria mientras sostenía con dos dedos una caja de *pizza* antes de meterla en la bolsa con el resto de desperdicios.

Recogimos un montón de migajas y suciedad al terminar de barrer. Después, fue el turno de limpiar el polvo, los cristales y aspirar los sofás, que estaban cubiertos de restos de comida. Carmen parecía haberse quedado satisfecha después de terminar de fregar el salón mientras yo limpiaba la poca vajilla que había usado, pues me había dedicado a pedir comida para llevar y racionarla para varios días, comiendo directamente del tupper, cuando se terminó la poca comida que había en la nevera. Por desgracia para mí, mi madre no era de las que llenaban el frigorífico hasta arriba de cosas que después hubiera que tirar cuando se ponían malas. Ella siempre decía que la gente suele comprar más de la cuenta y después quejarse del desperdicio alimentario. Por eso prefería comprar por semanas y, antes de irse, había optado por dejarme dinero y una lista de la compra que seguía pegada con un imán en la nevera.

—Vamos, ahora vete a dar un baño largo mientras yo voy al súper. No puedes alimentarte solo de comida basura —se ofreció Carmen—. Además, no pienso coger ni una sola galleta salada de esas que pretendías hacerme comer antes. ¿Cómo te puede gustar eso?

Le di dinero y carta blanca para que comprara lo que a ella le pareciera más oportuno según la sequía que había podido ver en los armarios de la cocina y el frigorífico.

Cuando Carmen volvió, yo ya me había duchado y puesto la ropa sucia a lavar. La ayudé a guardar cada cosa en su sitio. Después, le preparé un café con la máquina de mi padre, el único que la usaba en esta casa, y yo me serví un zumo de melocotón. El café no era lo mío. Abrí la caja de pastas de té que había comprado mi amiga y nos sentamos en el salón para ponernos al día.

A decir verdad, yo no tenía mucho que contar y mi relato duró poco, más aún al haber temas que tanto Carmen como yo decidimos no sacar. Así que mi amiga me contó que ahora que ya se había graduado quería sacarse un máster para añadir a su currículum y tener más conocimientos, pero también más oportunidades a la hora de buscar trabajo. No me sorprendió que hubiera comenzado a salir con Hugo, estaban hechos el uno para el otro, pero nunca supieron verlo. Supongo que el miedo los hizo abrir los ojos.

Me contó los planes para el crucero, algunas de las excursiones que tenían previsto contratar con el barco y otras que querían hacer por cuenta propia en los diferentes puertos en los que amarrara. No pude evitar reírme cuando me dijo que Martín estaba muy emocionado con la idea de visitar la playa de La Spezia. Me podía imaginar a la perfección lo insistente que podía llegar a ser cuando algo se le metía en la cabeza, por lo que estaba segura de que, ni aun queriendo, nos libraríamos de pisar aquella playa.

Acordamos que yo viajaría a Barcelona con ella el mismo día que el crucero partiese. Carmen trabajaba el día antes por la tarde y, aunque una compañera le había apalabrado el cambio de turno, al final se había echado para atrás dejando a mi amiga con una noche de hotel en el limbo, pues no tenía devolución. El resto,

Valeria, Martín, Nico y Hugo, viajaría un día antes y nos reuniríamos con ellos a la llegada. Hugo se alegraría al saber que su novia ya no tendría que hacer el viaje a Barcelona sola, sobre todo, teniendo en cuenta las discusiones que habían tenido en el intento de convencer a Hugo para que se fuera con los demás el día antes.

Se nos hizo tarde hablando, así que la invité a cenar. Aceptó encantada y bromeó diciendo que así podría comprobar por ella misma que dejaba de lado la comida basura y empezaba a comer algo recién hecho. Mientras ella se encargaba de sazonar algunos filetes de lomo para la cena, yo me hacía cargo de preparar una ensalada como acompañamiento.

Una vez terminada la cena, me despedí de Carmen. Había quedado con Hugo para ir al cine y no podía quedarse más tiempo. Nos prometimos que teníamos que quedar para ir de compras y preparar todo lo que nos hiciera falta para el crucero. Me acomodé en el sofá, pensando en el día que acababa de vivir. No sabía cuánto había añorado el contacto de una amiga hasta que ella se presentó en mi casa, quemando el timbre por las ganas de verme, abrazarme y, sin palabras, decirme cuánto me había echado de menos. El sentimiento era mutuo. La había extrañado, me había dejado arrastrar a un pozo oscuro y había cortado las cuerdas que mis amigos me lanzaron para ayudarme a salir de él. Pero ahora quería salir de aquella oscuridad que me atormentaba, solo que aún no sabía cómo hacerlo.

Decidí que era el momento oportuno para vaciar mi mente con un baño relajante de esos que siempre me había gustado tomar, pero que hacía meses que dejé de lado. Fui a mi habitación en busca de mi pijama de repuesto y me dirigí al baño. Abrí el grifo del agua caliente y cuando el agua comenzó a tomar la temperatura deseada, coloqué el tapón. Después, puse el reproductor

de música de mi móvil y entré en la *playlist* que había creado para cuando necesitaba relajarme. Los sonidos de la naturaleza siempre me habían ayudado a crear en mi interior una sensación de calma. Dejé el móvil en lo alto del mueble del baño con la cámara frontal mirando al techo. Era un sitio estratégico para que ningún *hacker* mirón que pudiera haberse colado en mi teléfono pudiera grabarme. Puede sonar paranoico, pero nunca está de más ser precavidos cuando damos a aceptar sin leer las condiciones de uso de todas las aplicaciones que solemos instalar en nuestros móviles.

Abrí el cajón en el que guardaba todas mis cosas de aseo y saqué de él una bomba de sal con olor a melocotón, mi favorito. Cuando la bañera estuvo llena, dejé caer en el agua aquella esfera salada y contemplé cómo esta comenzaba a bullir mientras la bomba se iba deshaciendo y dejando el agua anaranjada y el olor en el ambiente de aquella dulce fruta.

Me quité la ropa y con suavidad entré en la bañera. Me dejé llevar por el canto de los pájaros y el murmullo del agua hasta relajarme por completo, vaciando el ruido que atemorizaba mi mente, manteniéndolo a raya. Cuando el agua comenzó a enfriarse, salí de la burbuja que había creado a mi alrededor y me envolví en mi albornoz para secarme. Me sentía flotar. Sabía que aquella sensación podría desaparecer en cualquier instante, así que, por primera vez desde que mis padres se fueron, me dirigí a mi habitación, puse el aire acondicionado y me arrojé con la fina sábana de verano de mi cama, dispuesta a dejarme atrapar por los brazos de Morfeo.

CAPÍTULO 3

Siempre me parecía poco cuando se trataba de hacer equipajes. Toda la ropa esparcida por la habitación y miles de preguntas rondando mi mente, haciendo que el caos fuera aún mayor que lo que estaba a la vista. ¿Debería llevarme alguna manga larga por si hacía frío? ¿Sería suficiente con llevar un bañador y tres bikinis? ¿Qué cosas eran las que no permitían entrar en el crucero? ¿Habría secador en el camarote? Iba a volverme loca.

Los últimos días habían sido un completo caos de nervios y preparación para el viaje en el que estábamos a punto de embarcarnos. Había quedado un par de veces con Carmen para ir de tiendas y comprar todo lo que íbamos a necesitar para esos días. Las zapatillas deportivas con las que solía ir a todos lados estaban hechas polvo y requerían una renovación urgente, así que fueron una de las cosas que compré. Durante esos días me las había estado probado para que se adaptaran a mis pies y no me salieran ampollas durante el viaje por las caminatas que estaba segura que haríamos en cada parada. Para las cenas había que ir bien arreglados, nada de etiqueta, pero sí de «guapos», así que había seleccionado unos cuantos vestidos de mi armario que hacía meses que no me ponía y de los cuales estaba enamorada. Seleccioné también un par de sandalias y unos tacones, estos últimos, sobre todo, para la cena con el capitán que se celebraría durante el viaje. En esa ocasión sí que habría un *dress code*, razón por la cual Carmen y yo habíamos

recorrido todas y cada una de las tiendas de Madrid en busca de nuestros vestidos de noche ideales. ¡Y los habíamos encontrado! El vestido me eligió a mí como la varita elige al mago en el Universo Potter. Con él me sentía cómoda y sexi. Me notaba perfecta al mirarme al espejo con él puesto.

Aparte de esa cena de gala, tendríamos también la noche ibicenca, donde todo el barco se vestiría de blanco.

Cuando mi equipaje estuvo listo, me quedé mirándolo y las dudas comenzaron a asaltarme. ¿Hacía bien yéndome? ¿De verdad merecía divertirme? Aquellas preguntas se habían ido repitiendo durante aquellos días en mi cabeza, haciendo que mi estado de ánimo pareciera estar montado en una montaña rusa de emociones de las que me era difícil escapar. Pero ya era tarde para buscar una excusa que resultara creíble a los ojos de mis padres y de mis amigos.

Por la noche me fue casi imposible pegar ojo. No hacía más que moverme en la cama de un lado para otro y un sudor frío recorría todo mi cuerpo, comida por la culpa.



Cuando el despertador sonó a las tres de la madrugada, apenas había dormido dos horas. Salí de la cama con esfuerzo. Estaba muy cansada y la sombra violácea bajo mis ojos que pude ver al mirarme en el espejo lo corroboraba.

No creía que fuese buena idea desayunar a esas horas de la madrugada, pero no sé si por nervios o por hambre, mi estómago no dejaba de rugir. Me dirigí a la cocina y preparé un picoteo ligero. No solía marearme al viajar en coche, a no ser que estuviera sentada en el asiento del medio de la parte trasera, ahí sí que hubiera

estado perdida, pero no quería tentar a la suerte y que mi estómago se revolviere por comer en horas a las que no estaba acostumbrada.

Una vez terminé, fui a prepararme y comprobar que tenía todo listo y no olvidaba nada. En el último momento, cuando Carmen llamó al telefonillo y ya estaba cerrando la puerta con llave tras de mí, decidí que no podía irme sin llevar algo para leer, así que entré a toda prisa en mi habitación y, tras echar un rápido vistazo a mi estantería, cogí el primer libro de la trilogía *Delirium*, lo metí en una de mis fundas literarias con temática de Harry Potter y salí de casa, ahora sí, con la sensación de no olvidar nada. Puede que durante el viaje no tuviera mucho tiempo para adentrarme en ese mundo de papel, pero siempre me había gustado leer un poco antes de dormir y hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Carmen me esperaba con el maletero abierto. Metimos mi equipaje en él y nos montamos en el coche. Había llegado el momento.

—¿Has podido descansar? —le pregunté a mi amiga.

—Sí, no te preocupes —me respondió con una sonrisa—. Ya tenía todo listo desde ayer por la mañana. En cuanto llegué anoche a casa, cené una tortilla francesa, una ensalada y me fui directa a la cama.

Ambas nos miramos con esa sonrisa que avecina cosas maravillosas, como cada vez que ambas habíamos ido juntas de vacaciones, o cuando íbamos a las excursiones del colegio. Con la mirada, hicimos nuestra cuenta atrás.

—¡Nos vamos de crucero! —gritamos ambas, estallando en risas, antes de que Carmen arrancara el coche y pusiéramos rumbo a Barcelona.

El viaje desde Madrid hasta Barcelona duraba unas seis horas y media, más o menos, sin parar. Razón más que justificada para salir a las cuatro de la mañana si queríamos llegar a tiempo y poder

hacer varios descansos. Nuestro crucero zarparía a las seis de la tarde, pero teníamos que estar allí con antelación.

Durante el trayecto, Carmen y yo pasamos las primeras dos horas hablando de las expectativas que teníamos del viaje, las distintas ciudades en las que pararíamos y, sobre todo, fantaseamos con el barco. Sabíamos que tenía varios restaurantes, una piscina de ensueño y numerosas zonas de ocio, pero moríamos de ganas por recorrer cada una de las zonas en las que se nos tuviera permitido andar.

Hicimos una primera parada de media hora en una gasolinera para ir al baño y desayunar. Me pedí un zumo de melocotón, una tostada de aceite y un cruasán de chocolate, mientras que Carmen pidió un café y una tostada de jamón y tomate. Los nervios me daban hambre.

El resto del camino lo hicimos casi de seguido, escuchando la *playlist* que Carmen había preparado para las dos. Nuestros gustos eran muy diferentes. A mí me encantaba escuchar artistas internacionales como Taylor Swift, Carrie Underwood y Kelly Clarkson entre otros. En cambio, ella prefería tirar para casa y escuchar a Blas Cantó, Malú y Alejandro Sanz, de quien estaba enamorada desde que éramos unas niñas. Recuerdo que tenía las paredes de su habitación forradas de pósteres del cantante y que, a lo largo de los años, me había arrastrado con ella a más conciertos de los que podía imaginar. En uno de ellos conseguimos un pase para conocerlo en persona y Carmen guarda la foto de los tres juntos como si fuera un verdadero tesoro. De hecho, tiene varias copias por miedo a que se rompa, se pierda o le pase cualquier tipo de desgracia.

El tiempo se nos pasó volando cantando cada una de las canciones a voz en grito, tanto fue así que solo paramos una única vez

más para estirar un poco las piernas e ir al baño, y porque no era muy recomendable conducir tanto sin parar.

Cuando llegamos a Barcelona, Carmen cantaba emocionada *Corazón Partido* mientras yo me aguantaba la risa. El sentimiento que mi amiga le ponía a cada estrofa y lo mal que cantaba eran indescriptibles.

Mandé un mensaje por el grupo de amigos para decirles que ya estábamos aquí y que, en cuanto dejáramos el coche en el *parking*, nos reuniríamos con ellos. Hugo no tardó en mandarnos la ubicación.

Carmen me había contado el quebradero de cabeza que les había supuesto a todos encontrar la forma de dejar el coche a buen recaudo durante los días que estuviéramos en alta mar, hasta que al final a Hugo se le ocurrió una idea que parecía tan obvia que a ninguno se le había ocurrido. Buscó en la página web del crucero y encontró una pequeña sección en la que la compañía ofrecía una plaza de *parking* por un módico precio. No les pareció muy caro en comparación con otros *parkings* que habían visto por la zona, además, contaba con la seguridad de estar avalado por la empresa del crucero.

Dicho *parking* estaba a unos tres minutos del puerto. No nos costó mucho llegar a él. ¡Bendito GPS!

Mostramos al conserje la reserva y nos dio un *ticket* con el número de la plaza y nos recordó que no debíamos perderlo. Una vez aparcado, sacamos todas las cosas del coche y miramos bien para no olvidarnos nada.

Salimos del *parking* cargadas con nuestras maletas y nos recibieron la brisa y el olor del mar, una sensación de lo más agradable. Según la ubicación que Hugo nos había mandado minutos antes, nuestros amigos se encontraban a una manzana de donde nos

encontrábamos. En un restaurante llamado El Calamar. Seguimos los pasos que nos indicaba el *maps* y en poco más de tres minutos estábamos frente al local.

Me paré de golpe. Ahí estaban nuestros amigos, sentados a la mesa en una terracita, riendo y picando algo mientras esperaban la comida. Aún no se habían percatado de nuestra presencia y, de repente, me entró la necesidad de salir huyendo. No estaba preparada para enfrentarme a los fantasmas de mi pasado, pero ahí estaba, con su pelo alborotado y una sonrisa contenida. Como si supiera que lo estaba observando, giró su cabeza en mi dirección y sus ojos se clavaron en los míos. Pude notar la tristeza marcada a fuego en su mirada y sentí como en mi interior parecían estar echando sal a mis heridas.

CAPÍTULO 4

—¿Esperabais a alguien, chicos? —exclamó Carmen para llamar la atención de los demás. Se había percatado de que mis pies parecían haber echado raíces en el suelo al ver a Nico.

Hugo fue el primero en girarse al escuchar la voz de su novia. Se levantó del asiento y no dudó en venir hasta nosotras para fundirse con Carmen en un dulce beso.

—Te he echado de menos, preciosa. —Oí que le decía a Carmen entre besos.

Se veían tan bonitos juntos.

Valeria y Leo no tardaron en llegar.

Todos comenzaron a llenarme de abrazos y acribillarme a preguntas, felices de tenerme ahí a pesar de que los había apartado de mi lado. Me sentí egoísta, a fin de cuentas, todos habíamos perdido una parte importante en nuestras vidas en mayor o menor medida.

Solo Nico permaneció en un segundo plano, distante, tanto como yo lo había alejado. Y dolía.

—No puedes imaginar cuánto nos alegramos de que al final te hayas decidido a venir con nosotros —me dijo Valeria, dándome un fuerte abrazo.

Nos sentamos a comer. Por suerte, los chicos pidieron varias raciones en cuanto supieron que ya nos encontrábamos en la ciudad, por lo que la comida no tardó en llegar.

Hacía tiempo que no estábamos todos juntos y, por lo que Carmen me había contado, a ellos también les había costado coincidir en estos últimos meses. Todos habían estado ocupados con el último año de carrera y sobrellevando la situación como buenamente había podido cada uno. Llevaban mucho tiempo esperando este merecido viaje, por todo el sacrificio que habían hecho en los cuatro años de universidad. Yo también lo había esperado con ganas hasta que estas se evaporaron.

Durante la comida estuvimos repasando la documentación que nos iban a pedir en el *staff* de atención al cliente de la naviera antes del embarque. También debatimos sobre los destinos que nos esperaban. El día siguiente sería completo para disfrutar del barco, puesto que no llegaríamos a Gibraltar hasta el otro. Nos esperaban once días de viaje y ocho destinos contando Barcelona.

Ahora que todos habían terminado la universidad, cada uno tomaría un camino en busca de su futuro. Estaba segura de que mantendrían el contacto, pero la vida adulta, con las responsabilidades que conlleva y el trabajo que esperaban encontrar pronto, no les permitiría quedar tanto como siempre. Así que querían pasar estas vacaciones juntos como si fueran las últimas.

Por mi parte, lo que más deseaba era poder salir del agujero negro en el que estaba metida, por mi bien y por el de mis padres. Iba a dar todo de mí para divertirme y aprovechar el crucero junto a mis amigos.

No demoramos mucho en la comida. Queríamos disfrutar del barco antes de que partiera cuando apenas hubiera mucha gente, así que esperábamos llegar justo a la hora en que empezaban los controles. Carmen fue la encargada de mirar a cada pocos minutos el reloj para que el tiempo no se nos echara encima.

Arrastramos las maletas hasta la terminal de cruceros. Antes de embarcar, teníamos que pasar una serie de controles.

Cuando llegamos a la terminal, nos encontramos a familias con niños, ancianos, parejas y grupos de jóvenes que estaban inmersos en conversaciones y en cuyas voces se podía apreciar la emoción por el viaje que iban a emprender.

Buscamos el mostrador de facturación de nuestra naviera y nos pusimos a la cola, por suerte, solo teníamos una familia delante y nuestro turno llegó rápido. Uno a uno fuimos entregando nuestro equipaje para que lo etiquetaran de modo que pudiera llegar correctamente hasta nuestras habitaciones.

Una vez liberados del peso de las maletas, y cargados solo con una mochila en la que teníamos guardado lo imprescindible, llegó el momento de pasar el arco del control de seguridad. Cuando fue mi turno, entré en pánico al no encontrar el DNI por ningún lado, hasta que Nico se dio cuenta de que lo tenía sujeto en la mano y todos mis amigos estallaron en carcajadas. Avergonzada, me disculpé ante el chico de seguridad, que parecía estar conteniendo la risa también, mientras se lo entregaba junto a la documentación de embarque.

Pasé el arco sin hacerlo sonar, por lo que pude respirar con tranquilidad. Es como en las tiendas, aunque sabes que no estás llevándote nada que no has pagado, siempre cruzas las puertas con la esperanza de que el sensor no pite y pases la vergüenza del siglo. Bastante había pasado con mi despiste del DNI como para hacer sonar la alarma. Por suerte, no tuve más lapsus y recogí mi tarjeta de embarque sin ningún tipo de percance.

Las puertas de embarque aún no estaban abiertas, aunque no faltaría mucho para ello. Así que nos sentamos en los bancos a esperar.

Entonces lo escuchamos, una voz por megafonía que nos indicaba que el momento de embarcar había llegado.

Era hora de aventurarme en un viaje que esperaba que me ayudase a volver a encontrarme conmigo misma.

CAPÍTULO 5

Los nervios me revolvían por dentro mientras subía aquella pasarela hasta el barco. Era inmenso y con total seguridad me perdería más de una vez entre sus plantas y pasillos.

Al subir, nos hicieron entrega del diario de a bordo del día. Le echamos un vistazo rápido mientras recorríamos los pasillos del crucero. Ya tendríamos tiempo de leerlo con detenimiento cuando estuviéramos en nuestros camarotes. En aquellas cuatro hojas no solo nos daban la bienvenida y nos explicaban sobre el barco, también nos ofrecían el tiempo que hacía, quiénes eran el capitán y otros oficiales de a bordo y nos mostraba una minuciosa lista con todas las actividades que se podían hacer durante el día.

Cuando entregamos nuestras maletas, nos dijeron que tardarían un poco hasta que el personal las depositara en nuestros respectivos camarotes y hasta ese momento no tendríamos acceso al mismo, por lo que nos aconsejaron que podíamos tomar algo en el chiringuito junto a la piscina o en alguno de los locales con los que contaba la naviera o, simplemente, investigar.

Decidimos que lo mejor sería hacer una partida de exploración inicial para ver dónde estaban ciertas cosas, como las piscinas, zona de restaurantes, zonas de ocio nocturno y otros lugares que deseábamos disfrutar al máximo en estos once días de crucero. Cogimos el ascensor y subimos a la cubierta dieciséis. Aquello fue el principio y final de la partida de exploración. Nos

encontramos con una zona de ensueño al descubrir una maravillosa piscina *infinity* que parecía fundirse con el mar. Jamás, en mis veintidós años de vida, había visto una piscina así más allá de las películas o fotos de internet. ¡Era una pasada! Mis amigas parecían coincidir con mi opinión. Ninguna puso objeción alguna cuando propuse dejar la exploración para otro momento y relajarnos entre aquellas aguas cristalinas que parecían estar llamándome a voces. Estaba claro que aquella zona paradisiaca se llenaría de gente en cuanto estuvieran todos los pasajeros a bordo y en ese preciso momento estaba solo para nosotros. Los chicos, sin embargo, aprovecharon el momento para ir a la cancha de baloncesto que se encontraba en un nivel superior y así poder echarse unas canastas.

Mientras que ellos se dirigían a las escalinatas para subir a la cubierta diecisiete, nosotras nos dirigimos a los servicios que había junto al chiringuito de la zona. Por suerte habíamos sido previsores y guardado la ropa de baño en la pequeña mochila que cada uno habíamos podido subir al barco.

Nos dirigimos a la piscina, ya con nuestros bikinis puestos, prácticamente corriendo. Dejamos las mochilas y nuestras zapatillas junto a la tumbona y, cuando íbamos a meternos al agua, un silbido nos hizo girar.

—¡Menudos bellezones! —gritó Hugo desde una pasarela de la cubierta superior.

Las tres posamos en plan *Los Ángeles de Charlie*, muertas de la risa.

Hugo lanzó un beso al aire y Carmen pegó un saltito estirando el brazo como si lo atrapara.

—Nos vemos después, amor —le dijo Carmen a Hugo antes de seguirnos hasta la piscina.

La sensación era tan maravillosa que podría acostumbrarme a ella. Sentir la frescura del agua y la calidez de los rayos del sol en un contraste relajante.

—¿Os imagináis la cantidad de tíos buenos con los que vamos a estar en este barco? —Una sonrisa traviesa apareció en la cara de Valeria con solo pensarlo.

—Todos para vosotras, chicas, yo ya estoy servida —apuntó Carmen mientras chapoteaba con sus pies en el agua, sentada en el bordillo de la piscina.

—Yo paso —dije, tajante.

—Mejor para mí —rio Valeria, soltando un suspiro mientras batía los pies en el agua y dejaba descansar la cabeza sobre sus brazos, apoyados en el borde de la piscina—. Así solo tengo que repartir con Martín.

«¿En serio? —pensé mientras ponía los ojos en blanco—. ¡Qué vergüenza!».

Me sumergí en el agua y bucéé hasta el otro extremo de la piscina. Al llegar al final, emergí del agua para encontrarme con las impresionantes vistas que la popa ofrecía, aunque en esos momentos no se trataba de otra cosa más que el puerto. Me imaginé cómo sería estar así en mitad del mar y sentir estar en conexión con él, disfrutar esas vistas que debía ofrecer la inmensidad del Mediterráneo. Pronto lo descubriría. Me acerqué a un lateral de la piscina para sentarme en su orilla con los pies aún sumergidos en el agua, haciendo pequeños movimientos alternativos que creaban pequeñas ondas.

Alcé la vista del agua y allí, frente a mí, estaba mi hermano, sonriéndome. Recordé cómo cada tarde, después del colegio, parecía un torbellino cuando ese día le tocaban las clases de natación. Parecía un pez nadando, en rapidez y en

apnea. Cuando empezó a competir, estaba claro que apuntaba maneras y no había competición que se le resistiera. Aunque no solo era su habilidad en el agua lo que le garantizaba el pódium, sino también su perseverancia, esfuerzo y espíritu competitivo.

—Eh, Luna, vamos a ir a buscar a los demás y ver si ya han dejado las maletas en nuestros camarotes —me dijo Valeria, que se estaba escurriendo su larga melena dorada—. ¿Vienes?

Cuando llegamos a la cancha de baloncesto, los chicos estaban jugando al 21. Un juego de canasta en el que el primero en llegar a veintiún puntos ganaba. Martín iba en cabeza con dieciocho puntos, mientras que Nico y Hugo llevaban doce cada uno. Le tocaba tirar a Nico. Me quedé observándolo, estaba concentrado, mirando la canasta mientras daba vueltas al balón con las manos buscando el tiro perfecto. Se preparó, lanzó la pelota y... ¡falló! El balón de baloncesto dio justo en el aro y salió rebotado siendo atrapado tras un bote por Martín.

—Eres un manta, Nico —se rio Martín.

—Que te den. A ver si chuleas tanto con un balón en los pies.

Nico era futbolista. Y de los buenos. Al terminar el verano, viajaría a Francia para unirse a su nuevo equipo. No me apetecía pensar en ello, así que me dediqué a ojear el diario de a bordo, aunque, sin poder evitarlo, mis ojos iban y venían de aquel muchacho atlético de cabellos rubios y ojos como el mar.

Tras leer el itinerario del viaje que estábamos a punto de emprender por el Mediterráneo, me percaté de un detalle en el programa. En media hora debíamos estar en algún punto del barco para hacer un simulacro de emergencia obligatorio.

—Se acabó el juego, chicos —les dije, poniéndome en pie de golpe con el programa en la mano.

—Joder, lo había olvidado —se lamentó Carmen cuando le enseñé la hora exacta en la que empezaba el simulacro—. Mover el culo porque como no nos presentemos, nos harán caminar por un tablón y nos tirarán por la borda para que nos coman los tiburones.

Las prisas no eran buenas compañeras. Cuando llegué a mi camarote, las maletas ya estaban allí, pero no tenía tiempo de prestarles mucha atención. Sobre la mesilla de noche estaban las instrucciones a seguir para el simulacro. Las leí por encima, quedándome con lo básico: chaleco salvavidas en la mano, punto de encuentro al que debería acudir y la alarma indicadora. Después, me fui directa a la ducha para quitarme el cloro de encima. Justo cuando me estaba terminando de vestir, escuché el sonido de siete pitidos cortos pero intensos que anunciaban el comienzo del simulacro. Imposible no escucharlos desde cualquier parte del barco. Aun sabiendo que no se trataba de una emergencia real, mi corazón empezó a latir con fuerza. Terminé de vestirme a todo correr y, sin tan siquiera secarme el pelo, cogí el chaleco salvavidas del armario y, tras comprobar de nuevo la zona que tenía asignada, puse rumbo hacia allí, preguntando por el camino a todo personal del barco que encontraba.

Llegué al lugar con el corazón a punto de estallar. Un miembro de la tripulación nos fue poniendo en filas ordenadas frente al lugar en que se encontraban los botes salvavidas y pasando un escáner por nuestra tarjeta identificativa, supuse que lo hacía para controlar que todo el mundo estuviera en el centro de encuentro correcto o hacer una comprobación para que ningún listillo tratara de escaquearse.

Mientras la gente iba llegando, traté de buscar entre la multitud a mis amigos. Pude ver a Valeria a unos metros de mí, saludándome con la mano para llamar mi interés. Le devolví el saludo

antes de prestar atención a los miembros de la tripulación, que, ahora que todo el mundo parecía estar presente, comenzaron a mostrarnos cómo debían colocarse los chalecos salvavidas en el caso de que ocurriera algo que hiciera saltar las alarmas. A su vez, nosotros debíamos colocárnoslo siguiendo sus indicaciones. Una vez que tuvimos los chalecos colocados, el personal nos dio una explicación acerca de los pasos que deberíamos seguir en caso de que se presentara una emergencia real y sobre los botes salvavidas. Traté de absorber cada palabra como una esponja, por si la mala suerte que llevaba persiguiéndome se instalaba sobre el barco y nos fuéramos a pique como el Titanic.

Una vez terminada la charla, nos dieron las gracias por la atención prestada y nos desearon una feliz estancia.

Valeria y yo fuimos en busca de los demás. Al parecer, les había tocado otro punto de encuentro distinto al nuestro.

—¿Qué hacemos ahora? Aunque antes deberíamos dejar esto en los camarotes —Valeria señaló el chaleco que llevaba bajo el brazo.

—¿Qué os parece si vamos a la fiesta de despedida de la ciudad? —propuso Martín—. El barco está a punto de zarpar y uno de los miembros de la tripulación me dijo que van a estar repartiendo unos pisolabis.

—Yo lo que quiero es meterme en la cama y descansar un poco de la paliza del viaje. —Carmen apoyó su cabeza en el brazo de Hugo—. Estoy molida.

A mí también me apetecía quedarme en el camarote y descansar. Tanto tiempo rodeada de gente después de meses de soledad comenzaba a agobiarme.

Quedamos en reunirnos en el *hall* principal sobre las ocho y media para ir a cenar.

Me despedí de mis amigos y me dirigí hasta mi camarote. Una vez allí, al fin pude recrearme en observar la estancia. Me encantaba la luminosidad que entraba por la gran ventana que llegaba del suelo al techo. No tenía balcón, pero no lo necesitaba. Lo único que deseaba cuando elegí el camarote era que tuviera vistas al mar para no tener la sensación de estar encerrada entre cuatro paredes. Por supuesto, no era una *suite*, pero tenía un tamaño perfecto y no le faltaba nada. Además, la cama era enorme. ¿Qué más podía pedir?

Había sido un día muy intenso y a eso tenía que sumarle el llevar despierta desde las tres y media de la madrugada y el cansancio del trayecto Madrid-Barcelona. Cuando me deshice de la ropa y me tumbé en la cama, sin abrirla, no tardé en quedarme dormida.

CAPÍTULO 6

Me despertó el sonido insistente de mi teléfono móvil. Busqué con la mano a tientas por la cama hasta dar con él y respondí la llamada de WhatsApp.

—¿Sí?

—Luna, ya era hora, te he llamado cientos de veces. ¿Dónde andas? —preguntó la voz de Carmen—. Me voy a morir de hambre.

Me levanté de golpe. Me había quedado dormida y no había escuchado la alarma del móvil. Era eso o que con el cansancio había olvidado ponerla.

—Lo siento, lo siento, lo siento —me disculpé mientras corría hacia el baño y encendía la ducha—. Id eligiendo restaurante y mandadme un mensaje con lo que decidáis. Dadme diez minutos y estoy con vosotros. Perdón, perdón, perdón. —Volví a disculparme antes de colgar.

Me duché en tiempo récord. Por suerte, me había lavado la cabeza justo después de la piscina porque, si tenía que secarme el pelo antes de bajar a cenar, no iba a llegar en diez minutos ni soñando.

No demoré mucho en escoger la ropa para la cena. Elegí un vestido azul con finos tirantes cruzados en la espalda, entallado a la cintura y caída campana hasta las rodillas. Me recogí el cabello en una cola de caballo y adorné mis orejas con unos pendientes en forma de luna. Con cuidado, rodeé mi cuello con el colgante plateado del avión de papel que mi hermano me había regalado el

día que me marché a la universidad y que, desde entonces, siempre llevaba conmigo. Por último, me calcé las sandalias. No me daba tiempo a un maquillaje muy elaborado, así que opté por añadir color a mis mejillas, un poco de sombra de ojos y brillo de labios.

Antes de salir de mi camarote, miré el móvil para ver el restaurante que habían elegido. No me extrañó nada la elección. El restaurante *self service* Nebulosa ofrecía una gran variedad de platos típicos del Mediterráneo.

Cuando me encontré en el pasillo, caí en la cuenta de que no tenía la menor idea de dónde se encontraba Nebulosa, pero, por lo que tenía entendido, había repartidos por el barco numerosos puntos de información inteligentes que ayudaban a ubicarse. Caminé por el corredor hasta dar con la pantalla táctil que mostraba un plano de la cubierta diecisiete, en la que me encontraba. Apunté el nombre del restaurante en el buscador y este me trazó la ruta hasta la cubierta número seis.

El barco era inmenso y los diez minutos que les dije a mis amigos se convirtieron en veinte.

—¿Estos son tus diez minutos? —me dijo Carmen mientras daba en su muñeca unos golpecitos como si tuviera un reloj—. Te lo voy a perdonar porque ¡mírate! Estás hecha una diosa.

No pude más que sonreír.

El olor de la comida inundaba mis sentidos mientras paseaba entre los corredores repletos de comida. Quería probar todas aquellas recetas, así que cogí un primer plato y fui sirviéndome un poco de esto y un poco de aquello. Una vez que tuve mi plato a rebosar, fui a sentarme con mis amigos.

Me maldije a mí misma al comprobar que el único asiento libre estaba junto a Nico. Me dejé caer en la silla con resignación a su lado, tensa. Las últimas palabras que le había dicho la última vez

que nos habíamos visto eran que no quería volver a verlo, pero mi interior gritaba a cada instante su nombre.

Lo odiaba y quería. Dos partes de un todo que se clavaban en mi corazón resquebrajándolo en cientos de pedazos. La condena de un juicio que ya tenía su veredicto: culpables.

—Explícame algo, Luna. —Martín llamó mi atención—. ¿Cómo has conseguido llegar aquí sin perderte? Porque nosotros hemos subido y bajado en el ascensor por lo menos siete veces antes de dar con la cubierta correcta.

No me había dado cuenta de que tenía la mano derecha cerrada en un puño bajo la mesa hasta que los dedos comenzaron a entumecerse. Abrí la mano para liberar la tensión contenida.

—Usé los paneles de información.

—¿Los qué? —preguntó Valeria, confusa, pero no era la única que me miraba con cara de no entender.

—Son unas pantallitas táctiles que están repartidas por el barco. Tienen varias funciones y una de ellas es la de indicar el camino desde el lugar en el que te encuentras hasta el que quieres llegar —les expliqué—. Aparte, tiene otras funciones como ver las actividades que se están realizando en el barco y cosas por el estilo. También pueden localizar a tu compañero de camarote usando la tarjeta de embarque.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Valeria.

Les expliqué que antes del crucero había leído algo en la web de la naviera y visto algunos vídeos en YouTube. Además, tampoco era tan difícil verlas, solo había que acercarse y enredar un poco para ver cómo funcionaban. Hoy en día se pueden encontrar pantallas de esas en los centros comerciales, aunque las del barco tenían más funcionalidades.

—Eres una listilla —me dijo Hugo.

—Mejor di que nosotros somos un desastre y solemos ir a la aventura siempre —lo corrigió Nico—. La de veces que no nos habrá salvado la previsión de Luna y lo observadora que es.

Lo miré y sentí como mis mejillas se ruborizaban al encontrarme con sus ojos. Él me sonrió por primera vez en mucho tiempo. Entonces volvió la culpa y esa sensación de calidez que había rozado mi corazón por un segundo desapareció de golpe. Aparté la mirada y seguí comiendo, limitándome a escuchar a mis amigos acerca de las actividades que había programadas para el día siguiente en el barco, ya que no pararíamos en ningún puerto hasta llegar a Gibraltar. No volví a dirigir la mirada a mi izquierda, aunque notaba su presencia a mi lado.

Cuando salimos del restaurante, comencé a sentirme mal. La cabeza me daba vueltas y sentía angustia en mi interior.

—Tenemos que ir a la fiesta de celebración del inicio del crucero y ver el ambiente que hay. Además, tenemos barra libre en bebidas y hay que aprovecharlo —propuso Valeria. Los demás parecían estar de acuerdo.

—Vais a perdonarme, chicos, pero yo creo que por hoy se acabó para mí —los interrumpí, sintiéndome cada vez más mareada—. Estoy muy cansada.

—¡Vamos, Luna! Tomémonos por lo menos una copa en algún bar para celebrar la primera noche. —Valeria insistió, pero nada me haría cambiar de opinión.

Me despedí de ellos y me dirigí al ascensor que me llevaría hasta la cubierta en la que se encontraba mi camarote. Necesité apoyarme unas cuantas veces en la pared para no caerme debido al mareo que sentía. Había comido demasiado y el vaivén del barco me estaba terminando de levantar el estómago.

Cuando llegué a la puerta de mi habitación, se desbloqueó el pestillo gracias al lector de tarjeta y entré. Me senté en la cama

con la cabeza agachada entre mis piernas, apoyada en las manos, que, con la presión ejercida, trataba de estabilizar el sentimiento de vueltas que sentía.

Entonces llamaron a la puerta.

Me levanté con lentitud para ver quién era. Volvieron a llamar. Cuando llegué a la puerta para ver quién insistía en que abriera, me encontré con Nico.

—¿Qué haces aquí, Nico? —dije, molesta—. No tengo ningunas ganas de hablar, así que márchate.

—Luna, ¿te encuentras bien? —Su voz sonaba preocupada.

Me enfadó aquella preocupación. No quería que se preocupara por mí. O, más bien, me enfadó darme cuenta de que me aliviaba saber que se preocupaba por mí.

Traté de volver a decirle que se fuera, pero una quemazón subió hasta mi garganta y corrí al baño. Tras abrir la tapa del inodoro, me arrodillé y eché toda la cena. Las lágrimas se acumularon en mis ojos. Odiaba vomitar. Me daba mucho asco y un malestar mayor. Maldije al barco por provocarme aquello que, incluso cuando estaba enferma, trataba de impedir a toda costa.

Me entró tos y sentí cómo el ardor subía de nuevo. Mientras volvía a vaciar el contenido de mi estómago, sin previo aviso, Nico se agachó junto a mí. Me apartó hacia atrás la coleta. Intenté decirle que se fuera, me sentía avergonzada, pero él permaneció a mi lado hasta que terminé.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó mientras me ayudaba a levantarme con cuidado.

Asentí, porque me daba miedo abrir la boca y que volvieran las arcadas.

—Será mejor que te tumbes e intentes dormir. ¿Tienes alguna pastilla para el mareo?

¡Menuda estúpida! Se me habían olvidado por completo. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiera marearme a bordo del crucero, por lo que al final no había ido a comprar las pastillas a la farmacia como bien había apuntado en la pizarra de la nevera.

Al ver mi cara, Nico no tardó en suponer mis pensamientos. Se ofreció a ir a su camarote en busca de una para mí.

Aproveché para lavarme los dientes y eliminar el mal sabor de boca. Después, me puse el pijama y esperé a que volviera. No tardó demasiado.

Tras abrirle la puerta, una sonrisa apareció en su cara.

—¿Qué? —le pregunté con tono acusador.

Él no respondió.

La cabeza volvía a darme vueltas, así que le dije que pasara y me dirigí a la cama para sentarme.

—Tómame esto. —Me dio la pastilla y un botellín de agua.

Nico me abrió la cama y me ayudó a tumbarme.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Sí. No te preocupes. Puedes irte, Nico. Estoy bien.

Nico pareció vacilar un poco, pero al final optó por darme las buenas noches y caminar hasta la puerta.

—Nico —lo llamé en el último momento.

Él se giró hacia mí, parecía esperanzado. Esperó a que yo dijera algo.

—Gracias.

Y no dije nada más.

—No tienes que darlas. —Su voz sonó triste, decepcionada.

Volvió a irse. Como aquel día, meses atrás. Le dije que se fuera y él se fue. Le dije que se fuera, aunque todo lo que quería era que se quedara junto a mí.

CAPÍTULO 7

Los rayos de sol colándose a través de la ventana fueron los encargados de sacarme del mundo de los sueños y devolverme a la realidad. Por primera vez en mucho tiempo, las pesadillas habían sido reemplazadas por un dulce sueño. Por unos momentos me negué a abrir los ojos, deseando retomar la fantasía.

Un golpeteo en la puerta de mi camarote me obligó a abrirlos.

—Un momento —dije, saliendo de la cama con fastidio y poniéndome las chanclas.

Para mi sorpresa, no encontré a nadie al otro lado de la puerta, tan solo una bandeja con un desayuno preparado. Me agaché para cogerla y entré en la habitación, confundida. Yo no había pedido nada al servicio del barco.

Apoyé la bandeja sobre el escritorio y observé su contenido. Había dos saquitos de tela. Envuelto en el primero descubrí un surtido de minicruasanes y napolitanas de chocolate, el segundo contenía un par de tostadas que podría untar con las tarrinas de mermelada de arándanos que descansaban junto a un vaso de cristal. Había también una jarra opaca que contenía zumo de naranja recién exprimido. Un papel doblado en el que estaba grabado el sello de la naviera llamó mi atención. Quienquiera que fuera la persona que me había enviado el desayuno debió de cogerlo de una libreta exactamente igual a la que descansaba en mi mesilla de noche. Podría ser de cualquier pasajero del barco, pero no era difícil intuir de quién se trataba.

Llena de nervios desdoblé la nota.

**HE PENSADO QUE TE GUSTARÍA
REPONER FUERZAS ANTES DE
COMENZAR EL DÍA. ESPERO QUE
HAYAS PODIDO DORMIR BIEN Y
QUE TE ENCUENTRES MUCHO
MEJOR.**

NICO

Releí sus palabras varias veces con un remolino de sentimientos contrariados que revoloteaban en mi cabeza. Me sentía confusa y la sensación de presión renacía en mi pecho. No pude controlar las lágrimas que se agolpaban en mis ojos hasta caer acariciando mis mejillas. Porque no podía con todo esto. Porque mi cabeza no paraba de lanzarme pensamientos que me hacían sentir la persona más horrible del universo. Me odiaba a mí misma porque cuando leí la nota, un rayo de esperanza cruzó mi corazón. Lo mío con Nico nunca debió suceder, lo mío con Nico nunca debería repetirse. Pero, aunque mi cabeza me dictaba una cosa, mi corazón suplícaba por volver a besarlo.

Necesitaba aire.

Necesitaba escuchar a mi hermano.

Descolgué el teléfono que había sobre una de las mesillas de mi camarote para marcar su número. Aquel que marcaba cada vez que tenía algún problema o cada vez que tenía una buena noticia que dar.

Su voz se coló desde el auricular del teléfono: «¿Diga? ¿Sí? ¿Hay alguien ahí? No le oigo». Su risa estridente inundó mi oído y sonreí. Nadie respondió, pero la grabación de su contestador siguió

sonando. «No te oigo porque en estos momentos no puedo atenderte, déjame tu mensaje después de la señal y te llamaré en cuanto pueda».

Un pitido sostenido me dio paso a hablar.

—Hola, petardo. No te puedes llegar a imaginar las ganas que tengo de abrazarte y que me digas que todo va a estar bien, que la presión que siento en el pecho desaparecerá y podré volver a respirar. Porque te juro que no puedo más. Estoy cansada de luchar. Por favor, vuelve. Te quiero, Leo. Más que a mi propia vida.

Volví a colgar el teléfono. Aquella llamada iba a costarme un ojo de la cara, pero no me importaba. Arrastré los pies hasta el baño y, tras deshacerme de la ropa, dejé que mis lágrimas se mezclaran con el agua de la ducha con la esperanza de que se llevaran el deseo de que todo fuera diferente. Un mundo en el que pudiera dar todo mi amor a Nico y el no poder volver a besarlo, sentir sus caricias, estar con él no fuera mi penitencia a pagar.

Envuelta en el albornoz y con una toalla enroscada sobre mi cabeza, salí del baño.

Leo me esperaba sentado en la cama. Las lágrimas volvieron a inundar mis ojos. Quería recorrer los pocos metros que nos separaban, abrazarlo, pero hizo un movimiento con la cabeza, sin decir una sola palabra, en dirección a la bandeja que seguía descansando sobre el escritorio, para que comiera. No había más remedio que hacerle caso, a fin de cuentas, ¿qué otra cosa podría hacer? Les había prometido a todos que trataría de seguir hacia delante, aunque la vida fuera mi castigo.

Cogí una napolitana y me la llevé a la boca. Estaba riquísima. No sabía si era porque estaban hechas de una masa y un chocolate especiales o, simplemente, era el hecho de pensar que mi hermano

estaba junto a mí y eso me confortaba, pero nunca en toda mi vida había probado una napolitana igual.

Comprobé el WhatsApp a ver si mis amigos habían quedado en hacer algo juntos, pero, al parecer, cada uno optó por un plan distinto y quedaron en encontrarnos todos a la hora de la comida. Que no era que faltara demasiado.

Después de darle algunas vueltas a qué podía hacer hasta la hora del almuerzo, decidí dar un paseo por cubierta y así tomar un poco el aire y sentir los rayos de sol.



Traté de leer un poco antes de dormir, pero me resultó imposible. Al día siguiente atracábamos en el puerto de Gibraltar y el barco ofrecía algunas excursiones guiadas por la ciudad, pero Martín tenía muchas ganas de subir al Peñón y ver los famosos monos, así que, aunque también había una visita guiada en un minibús que hacía la subida parando en las principales atracciones, acordamos que lo mejor sería subir andando por nuestra cuenta.

Dejé el libro sobre la mesilla de noche, salí de la cama y me dirigí hacia el gran ventanal. Me quedé un rato maravillada con la cantidad de estrellas que se veían en el cielo. Entonces mi mente voló hacia los recuerdos de la tarde vivida.

Después de la comida, habíamos ido a ver los paneles informativos porque a ninguno de nosotros se nos había ocurrido la idea de leer el diario de a bordo del día. Era increíble la cantidad de cosas que se podían hacer en un crucero. Desde luego no te daba tiempo a aburrirte y a nosotros se nos pasó la tarde volando.

En primer lugar, decidimos apuntarnos a una *masterclass* de pastelería que ofrecía el barco. No era que a todos nos apasionara cocinar, pero comer dulces, eso era otra cosa. Ese fue el motivo real por el que nos apuntamos, aunque en el barco había muchos restaurantes y cafeterías en los que podíamos comerlos, no estaba de más aprender a hacerlos, además, nos sonó divertido, y lo fue. Acabamos hasta arriba de harina y chocolate cuando tratamos de hacer bizcocho de zanahoria y *mousse* de chocolate con galletas crocante, que nos salió delicioso. Una vez salimos, fuimos a nuestros camarotes a quitarnos la harina de encima para así poder ir a la sala de recreativos. Las horas volaron mientras jugábamos a las diferentes máquinas arcade de cuando éramos niños y disfrutamos viendo cómo Hugo perdía la paciencia al tratar de conseguir un pequeño peluche de oso amoroso de una máquina de gancho y siempre acababa fallando por centímetros. Al final, le cedimos todos nuestros *tickets* para que pudiera conseguirle a Carmen un perrito de peluche mucho más grande que el oso amoroso. Fue una tarde divertida en la que me olvidé de pensar en el pasado para disfrutar el momento, rodeada de mis amigos. Aun así, mi mirada volaba furtiva en busca de Nico, tratando de que nadie lo notara y mucho menos él.

Decidimos cenar en Casiopea, el restaurante que teníamos asignado. El menú era a la carta y podíamos pedir tantos platos como quisiésemos por persona con la condición de no dejar comida en ellos, no pedir más de lo que uno puede comer. Después de mirar los succulentos platos que ofrecía, me prometí que tenía que probar la mayor cantidad de ellos que pudiera comer en los días que cenáramos aquí durante el viaje y pedí al camarero un par de platos para empezar: arroz a la cubana con huevo y plátano frito y carrilleras de ternera al vino tinto con guarnición de patatas.

Terminamos la noche disfrutando de música en directo en la zona de las piscinas mientras tomábamos un cóctel y sentíamos la brisa marina, antes de refugiarnos en nuestros camarotes para descansar.

Regresé a la cama y con los ojos cerrados esperé a que Morfeo me cubriera con su manto para que el sueño diera paso a un nuevo día.